

La Marsellesa

En 1792, a propósito de la declaración de guerra de Francia contra Austria, se encargó al capitán de ingenieros de Estrasburgo, Claude-Joseph Rouget de Lisle la composición de un himno de celebración patriótico, el cual tituló *Canto de guerra para el ejército del Rin*. Pero sería otro militar, François Mireur quien usaría el himno para alentar a su ejército en la marcha de Montpellier a Marsella. De ahí proviene el nombre con el que se le conoce desde 1795, año en el cual se adopta como el himno nacional de Francia, *La Marsellesa*.

Estribillo:

¡A las armas, ciudadanos!
¡Formad vuestros batallones!
Marchemos, marchemos,
¡Que una sangre impura
empape nuestros surcos!
¡A las armas, ciudadanos!
¡Formemos nuestros batallones!
Marchemos, marchemos,
¡Que una sangre impura
empape nuestros surcos!

Los emprendedores del L`Entreprenant

Isabel Cristina Castañeda Piedrahita

—“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía”... ¿Qué fue ese ruido?

—Ssshhhh, habla en voz baja, recuerda las palabras de papá: “El miedo es como tu sombra, pero con una diferencia: te oye, te ve y te aniquila”.

—¿Aniquila? ¿Aniquila?... no reconozco esa palabra... ¿qué es?

—No lo sé, pero creo que no es bueno, no me gusta la forma que toman sus ojos cuando la pronuncia.

De pronto, Violeta sintió que un gran vacío inundaba su vientre y que una estremecedora e indescifrable brisa acariciaba su rostro.

— ¡Isaac! ¡Isaac! ¡Qué es ese ruido! ¡Creo que la casa está volando! ¡Mamá! ¡Papá!

Lentamente, y sin saberlo, los dos niños se acercaban a tierras de batalla, de actos sangrientos, de violencia institucionalizada y de guerreros sedientos de victoria. El joven capitán Gregorio Giroux-Castagnette, un intrépido campesino de Caen que por amor a la Revolución había ofrecido sus servicios al General Jourdan, no se percató de la presencia de los pequeños y encendió los quemadores de la majestuosa máquina aérea que había dejado oculta en el bosque bajo ramas de abeto. De esta manera partían de Amiens en la esfera creada por los hermanos Montgolfier y que en la Batalla de Fleurus jugaría un importante papel: el globo L`Entreprenant¹.

Violeta comenzó a recordar la última vez que sintió el olor de su madre. Aquella tarde de junio la familia, compelida por la hambruna que trajo consigo el crudo invierno, se adentró en el bosque con la esperanza de encontrar frutos silvestres para preparar la cena. Isaac y Violeta perdieron el rastro de sus padres y al caer la noche, completamente agotados de tanto divagar, zollipar y gritar sus nombres, comenzaron a buscar un lugar que los resguardara de lobos que se hacían pasar por abuelitas, de brujas antropófagas que encontraban en los niños gordos su plato más apetecido, y de duendes con nombres impronunciables. Fue así como descubrieron el globo, y en su desesperación, el enorme cesto les pareció choza, la bolsa de aire cortinas, los quemadores una extraña estufa, y se figuraron, además, que las ramas dispuestas por el capitán para esconder la nave no podían ser otra cosa que el techo. Cansados y famélicos se envolvieron en el abrigo que la madre, minutos antes de que se extraviaran, le había puesto a Violeta para protegerla del frío, y de esta manera se quedaron profundamente dormidos.

Al amanecer, Isaac notó algo en uno de los bolsillos del gabán. Metió su mano en él y extrajo el primer tomo de aquella obra maestra de la literatura que su madre les leía cada noche antes de ir a la cama, convencida, tal vez, de que el Ingenioso Hidalgo mantendría a raya cualquier pesadilla que pudiera acecharlos. Cuando Violeta despertó y vio a su hermano ojeando el libro que tanto amaba, quiso arrebatárselo para comenzar a leerlo. Bueno, debemos aclarar que, aunque la niña solo reconocía las vocales y una que otra consonante, su excelente memoria le permitía declamar, sin titubeos, todo el primer capítulo de la obra. El hallazgo los hizo olvidar por un momento de su terrible situación: estaban perdidos en un bosque plagado de riesgos.

Violeta recitaba con su dulce voz la primera frase de *Don Quijote*, e Isaac se disponía a escuchar nuevamente el relato, cuando el capitán Gregorio comenzó a retirar las ramas que camuflaban el globo. Los niños, sin saber qué estaba pasando, se abrazaron y se hundieron en el abrigo que los cubría. El militar encendió la máquina y la bolsa de aire se desplegó rápidamente levantando la nave. Isaac apretó a su hermana para

darle valor, pero ella, al ver que la casa volaba, empezó a lloriquear y no pudo contener un grito invocando a sus padres.

Fue entonces cuando el capitán notó que algo se movía bajo ese raro abrigo extendido en un rincón de la nave. Se acercó, levantó muy despacio la prenda y sus intimidantes ojos de militar se toparon de frente con las miradas aterradas de ambos niños, quienes, ante el encuentro, se incorporaron veloces queriendo escapar de allí corriendo. Pero, ¿correr hacia dónde si ya se hallaban en medio del cielo? Gregorio, ante el peligro de que los niños saltaran al vacío, se lanzó tras ellos logrando atrapar uno con cada mano. Desafortunadamente, y dada la brusquedad con la que transcurrió esta escena, Isaac golpeó el rostro del joven capitán haciendo saltar por los aires los anteojos que servían para corregir su miopía. ¡Sin ellos iba a ser imposible observar la posición de las tropas enemigas para después informar al General Jourdan!

Pero si algo caracterizaba al capitán Gregorio Giroux-Castagnette, era su recursividad. Rápidamente recuperó el equilibrio, se acomodó el uniforme y, tomando nuevamente el mando del globo, con voz enérgica dijo:

—Bien niños, yo soy el Gran Mago de los Dulces y no veía la hora de que despertasen para dar inicio a nuestro juego.

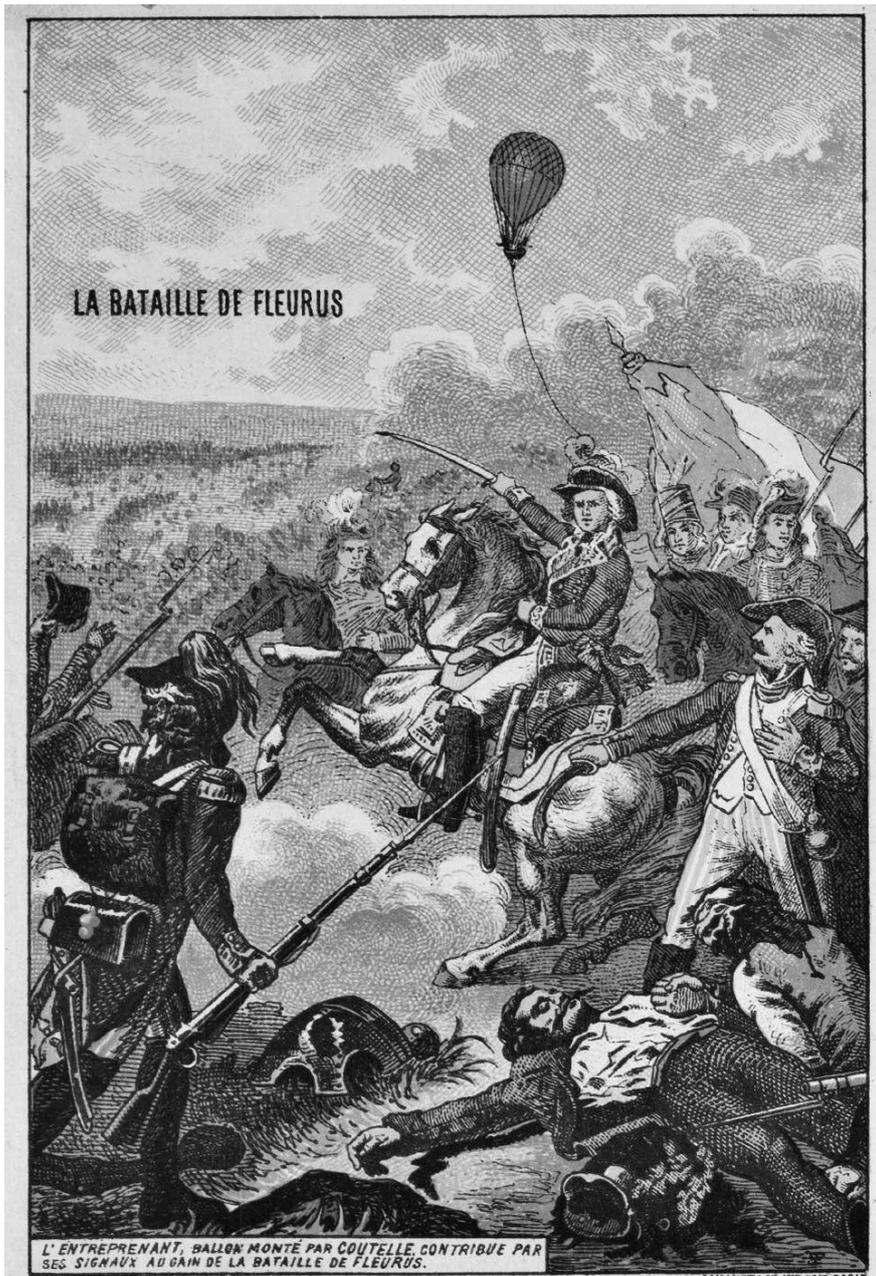
—¿Juego? ¿Pero qué juego? ¿Dónde estamos? ¿Quién es usted? ¿Dónde están nuestros padres?—. Preguntó Violeta aún con temblor en la voz.

—¡Ah ah! No tantas preguntas a la vez. Primera regla del juego—. Respondió el Capitán.

—Anímate Violeta, tú y yo siempre hemos sido buenos para los juegos; además, no todos los días viajamos en.... en.... ¿en qué viajamos?—. Inquirió Isaac.

—¡Ah!, estaba esperando que me lo preguntasen. Este es el Gran Globo Aerostático, el de la feria, ¿no lo recuerdan? Sus padres lo ganaron para ustedes.

—¿Nuestros padres?—. Respondieron Violeta e Isaac con gran asombro.



La Batalla de Fleurus y Entreprenant de Coutelle en la Batalla de Fleurus, litografías, París, Romanet & Cie., entre 1980 y 1900, exhibidas en la Biblioteca del Congreso en 2003.

—Sí, me temo que no alcanzaron a contarles la sorpresa antes de que cayeran profundos. Aquí tienen un poco de pan y de queso que ellos les enviaron como desayuno. ¡Pero bueno, basta de tanta charla y comencemos a jugar!

Gregorio no sabía si lo que hacía era lo correcto, pero tenía dos cosas muy claras: primero, no podía permitir que nada malo les sucediera a esos niños que misteriosamente habían aparecido en el globo, y, segundo, tenía que concluir exitosamente su misión, más aún cuando se había propuesto limpiar el nombre de Caen, su pueblo natal, demostrando así que no todos

sus habitantes eran traidores a la Revolución como Charlotte Corday, la asesina de Marat. Por su parte Isaac y Violeta, felices por el regalo que les habían hecho sus padres, se dispusieron a seguir detenidamente las instrucciones impartidas por Gregorio. Ella tímida pero valiente como su madre, y él, ávido de aventuras, aunque un poco torpe como su padre, no dudaron un segundo en dar inicio a aquel fantasioso juego.

—Unos trasgos malvados han robado a mis amigos pasteleros la receta para hacer las galletas de mantequilla y los osos de chocolate. Ustedes deberán divisar su escondite desde el aire, porque sólo pueden ser vistos por los ojos inocentes de los niños. Recuerden, están vestidos de amarillo y llevan sombrero negro—. Indicó el capitán, describiendo de esta manera el uniforme del ejército austriaco. —Para encontrarlos ustedes deberán mantener la mirada fija en el campo de juego.

A Isaac no dejaba de parecerle un tanto estremecedor que aquel juego se dirigiera desde tan alto, aunque, dada su excelente visión, le parecía muy fácil ver los movimientos que realizaban los trasgos. Violeta, por su parte, aún se encontraba un poco deslumbrada pero la resolución de su hermano la animó a participar. Gregorio, ahora con la ayuda de los niños, continuaba discretamente con la misión de definir con exactitud los lugares de ataque para informar al General Jourdan.

—¡Tres escondidos en un árbol!—. Gritó Isaac jubiloso.

—¡Bravo! Entonces tres puntos para ti—. Exclamó el capitán, mientras apuntaba el dato en un cuaderno.

—¡Veo cinco a caballo al lado de ese río!—. Prorrumpió Violeta, señalando con el dedo un convoy de reconocimiento del ejército austriaco.

—¡Fantástico! Tendrás cinco puntos por tu descubrimiento—. Dijo el capitán, mientras celebraba para sus adentros que los chicuelos tuvieran ojos de águila.

—¡Yo alcanzo a ver muchos, muchísimos, cerca de aquella montaña!—. Añadió inmediatamente Isaac. —¡Son tantos que no puedo contarlos!

—¡Miren, junto a ese lago hay más! ¡Fíjese bien Gran Mago, unos tienen caballos, otros arrastran unos enormes aparatos que parecen campanas!—. Manifestó Violeta, que ya empezaba a preocuparse por el número infinito de trasgos esparcidos por la comarca.

El capitán terminó de señalar en el mapa los lugares donde se ubicaban las tropas enemigas, y, con una sonrisa triunfal en el rostro, habló de esta manera a los niños:

—El juego ha terminado y hemos obtenido un empate, por eso ambos son los ganadores. Ahora mis amigos los pasteleros, que están reunidos muy cerca de aquí, sabrán con exactitud dónde se esconden los trastos. Si logran recuperar la receta, los niños de todos los pueblos de la tierra podrán volver a comer galletas de mantequilla y osos de chocolate. Nunca olviden esta extraordinaria aventura, porque gracias a su ayuda derrotaremos a los monstruos que han querido robarnos la Libertad... ¡la libertad de comer cuantos dulces queramos!

Entonces, los mecanismos se apagaron y el globo fue a posarse suavemente en una de las orillas del río Sambre. Allí, el patriótico ejército del general Jordan esperaba con ansiedad las noticias que desde las alturas les traía el capitán. Una vez en tierra, Gregorio se apeó de la nave en busca de su comandante, no sin antes recomendar a uno de sus subalternos el cuidado de los niños que, llenos de asombro, no comprendían por qué esos pasteleros portaban armas parecidas a la escopeta que papá utilizaba para cazar patos durante la primavera.





Eugenio Delacroix, La libertad guiando al pueblo, óleo sobre tela, 260x325cm, 1830, Museo del Louvre.

El general Jourdan se enteró así de la posición de las huestes austriacas y del inmenso aporte que Violeta e Isaac habían hecho a la causa del pueblo francés. No dudó en reconocer su valentía y propuso que se les recordara de ahí en adelante como *Los emprendedores del L'Entreprenant*.

El desenlace de la historia es bien conocido en toda Francia: Luego de que los gloriosos soldados del general Jourdan obtuvieron la victoria sobre los austriacos, aquél 26 de junio de 1794 en la Batalla de Fleurus, se impartió la orden de buscar incesantemente por toda la región al papá y a la mamá de los dos heroecitos. Dos días después, la familia volvía a reunirse y los pobres padres terminaban de esta manera con la angustia que les había generado la desaparición de sus hijos. Son falsas las versiones alemanas de esta historia, en las que se afirma que Violeta e Isaac fueron abandonados por sus progenitores en el bosque ante la imposibilidad de mantenerlos.

Papá y mamá estaban felices con el reencuentro y sólo tuvieron un problema con el regreso de sus hijos: no encontraron al principio un buen lugar para guardar el enorme globo que trajeron consigo. Recordemos que el capitán Gregorio les había hecho creer que sus padres lo habían ganado en la feria. Violeta, la memoriosa, defendió este derecho de dominio.

¿Y qué pasó con el otro héroe del cuento? Pues el capitán Gregorio, dada su gallardía y su maravillosa capacidad para resolver situaciones difíciles, fue nombrado alcalde de Caen, donde se destacó, además, como excelente administrador hasta el día en que los esbirros de Napoleón le dieron muerte por oponerse al golpe de Estado que éste realizara el 9 de noviembre de 1799.

Esta sencilla historia ha sido criticada por ciertos grupúsculos que ven muy mal el hecho de que dos pequeños hayan sido utilizados con fines militares. Pero nadie lanza sus ataques contra la más famosa pintura de Delacroix, en la que puede verse claramente una apología a la participación armada de los niños en las trincheras de París durante la Revolución de 1830. Violeta e Isaac no tenían conciencia de los hechos de sangre que los circundaban y por eso en el cuadro que algún desconocido pintor de Amiens elaboró en recuerdo suyo, aparecen felices, acostados boca abajo en la barquilla del globo con una placidez indescriptible en el rostro y leyendo, a la luz de una lámpara, el primer tomo de *Don Quijote de la Mancha*.

Nota

¹ La Batalla de Fleurus (26 de junio de 1794) fue una de las más decisivas batallas en los Países Bajos durante las guerras revolucionarias francesas. Ambas partes tenían unas fuerzas cifradas aproximadamente en 80.000 hombres, y los franceses, al mando de Jourdan, pudieron concentrar sus fuerzas de forma más efectiva para conseguir la victoria contra los austríacos a las órdenes del príncipe de Sajonia Coburgo-Saalfeld. Los franceses utilizaron un globo, L'Entreprenant, para la observación de la batalla. Esta fue la primera vez que se empleó una máquina aérea con fines militares.

Isabel Cristina Castañeda Piedrahita. Nutricionista egresada de la Universidad de Antioquia.